

NORDESTE AMARGO

Eduardo Noriega Seijas

NORDESTE AMARGO



Primera edición: noviembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Eduardo Noriega Seijas

ISBN: 979-13-88411-64-9
ISBN digital: 979-13-88411-65-6
Depósito legal: M-26565-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

1. NACE UNA ESTRELLA 11
2. INTROITO 17
3. NOVEDADES 25
4. GANDULEANDO 39
5. ÚNICAMENTE EN ESTE CASO 55
6. NADA COMO UNA BUENA COMIDA 67
7. TANTEANDO EL TERRENO 77
8. ORÁCULO POLICIAL 85
9. NADIE MÁS 101
10. TARDE O TEMPRANO, TODO VUELVE 105
11. ORIGEN DE UN LÍO 119
12. SEGUNDO ASALTO 135
13. EL ABOGADO 139
14. QUÉ CURIOSO ES TODO 155
15. UNA AUTOPSIA, UN SOSPECHOSO 171
16. ESTRATEGIAS 185
17. JUICIO EN COMÚN 195
18. AMIGAS Y COMPAÑERAS DE PISO 209
19. DESBANDADA 221
20. EN EL CAMINO 233
21. SOLAZ 247
22. ESCONDITE Y SAL 257
23. RONDANDO LA MUERTE 273
24. LO BUENO NUNCA SALE BARATO 291
25. OSCURIDAD Y CALLEJONES 301

26. NI UN DÍA SIN SOBRESALTOS 309
27. OSCURA RED 323
28. LA POLICÍA TAMBIÉN TRABAJA 335
29. ELUCUBRACIONES 349
30. SIGUE LLOVIENDO 363
31. DERROTERO HACIA EL VALLE 369
32. ENTRE PIEDRAS 387
33. BÚSQUEDAS, CHARLAS Y ENCONTRONAZOS 403
34. EN LA NOCHE 423
35. INTERROGATORIO CON SORPRESA 427
36. RUEDO DE PRENSA 447
37. TENTATIVAS 455
38. ANTES DE QUE TODO EXPLOTE 467
39. NO DIGAS QUE ME CONOCES 477
40. MANDAN LAS PATRONAS 493
41. ABOGANDO POR ESCAPAR 509
42. LO QUE TIENE QUE SER 525
Epílogo 535
Menú 539

1. NACE UNA ESTRELLA

Lugares como este, donde la civilización se gangrena oculta bajo cartones, hablan más por una sociedad que cualquier parlamento. El lado opuesto del edificio, hediendo lujo y pijerío, tal vez sea un sitio nacido para contener terrazas de moda, pero este no. Ni falta que hace.

La pintura se cae a desconchones, como lenguas de gato podridas de lepra. Al otro lado, los ladrillos están enfermos. El metro de pared más cercano al suelo del callejón muere, se desliza, como todo en él, camino del infierno. La barrera que protege la entrada no evita la entrada de la mierda, extendida como un virus. Las cucarachas buscan la altura suficiente para saltar sobre su siguiente víctima, escalando por sobre la mugre. Y hay mucha. Las ratas hacen ostentación de su poder. Pasean desvergonzadas, sus colas dejando surcos en el vómito, sus garras salpicando gotitas en los charcos de orines. Se saben las reinas.

Pero el rey soy yo, aunque no lo reconozcan. Este es mi mundo y mi mundo es eterno, inmutable, presente por doquier, como la maldad en los humanos.

La luz, como todas las viejas, late, zumba. No es un letrero. No es una farola. Está junto a la salida de gases oxidada y el cartelito de la seguridad que no existe. Es el luminoso que anuncia una salida de emergencia. Justo lo que busco, por tenue y tenebroso. A ambos lados, la basura que generan todos los restaurantes y que algunos se empeñan en no cuidar. Este será de los más lujosos, pero a este lado de su universo, alejado de la pulcra y fastuosa portada que tanto impresiona al comensal recién llegado, no hay fasto en cómo

tratan sus restos. Solo son los cubos metálicos de siempre, mal cerrados con las tapas metálicas de siempre, rebosando el hedor y la mierda de siempre.

De tanto en tanto aparece algún empleado y trata de minorar la peste. Riegan el piso con manguerazos más bienintencionados que eficaces. Lo único que consiguen es acumular su inmundicia en el rebaje de la calle y junto a la alcantarilla. El agua repta como la sangre fresca y huele igual. ¿Cómo no iba a hacerlo, si la mitad son despojos de carne que algún millonario está devorando ahí al lado a precio de oro?

Ahí estás.

Usas esta topera para salir a escondidas, alejado unas decenas de metros de tu reino, fuera del alcance de ojos indiscretos, a regalarte con tu dosis de farlopa. Como tantos otros. La gastronomía es un negocio que necesita de ayudas, alegas cuando te afean el vicio. No eres nadie especial, digan lo que digan, escriban lo que escriban. ¿Cómo te llaman? ¿Artista? ¿Vanguardista? ¿Inconformista? ¿Conceptualista? ¡Un parásito, eso es lo que eres!

Ahora subes y regresas, dando la vuelta al edificio. Me ves.

—¡Eh! ¿Qué haces ahí?

Mejor no responder. Únicamente tengo que mostrarme vulnerable, perdido, necesitado… desprotegido. Así, incluso un gusano como tú se acercará.

—¿No me oyes? O me dices qué coño haces aquí o llamo a la policía. ¡Esto es propiedad particular, es mío! ¡Un mierda como tú no puede estar aquí! ¡Ahuyentarás a los clientes!

—No busco problemas. Solo estoy… descansando.

—¿Descansando? ¿Qué haces al lado de la salida trasera de mi restaurante, tirado en el suelo? Responde, miserable.

—No hago daño a nadie. ¿Dice que esto es un restaurante? Hace dos días que no como. Puedo pagar…

—¿Qué tienes ahí? Eso, en la cadena, ¿es un rubí?

Picaste.

Te aproximas. Más. Vamos. Un poco más. ¡Eso es! Eres como una urraca: lo que brilla atrae tu atención. No es tuya, pero, convencido de que es de oro, no puedes evitar coger la cadena. ¡Ladrón!

—¿De dónde has sacado esto? ¿Lo has robado?

—No… Es mío. ¿Puede darme algo de comida, señor?

Eso es. Te ríes. Para ti no soy más que un mendigo de mierda.

—¿Quieres comida? ¿Sabes qué sirvo ahí dentro? Ni fundiendo todo ese oro en monedas podrías pagar una cena en mi restaurante. Mírame. Mira mi cara. ¿No la has visto? ¿No me reconoces? He salido en la primera página de la mitad de los periódicos de este puto país. ¡De todo el mundo! Soy…

El acento italiano solo hace más vomitivas tus palabras. No puedo dejarte acabar. Comenzarías a verter tu porquería ególatra y quedaría manchado con ella. Tengo que mantenerme puro.

El primer golpe impacta con la mandíbula. Este trozo de ladrillo me ha venido de perlas. Casi no sangras, pero logro que te tambalees. Al fin, terminas en el suelo. Eso me da tiempo para levantarme. Desde arriba se ve todo diferente. Tu mandil, antes inmaculado, está ahora sucio de la cochambre de esta callejuela que todo lo cubre. Intentas recuperarte agitando la cabeza, acariciándote la barbilla.

—No te servirá de nada.

—¡¿Qué haces?! ¿Qué te he hecho yo? Espera…

Una patada, otra vez en la cara. Así callas. Sangras por la nariz. Hace nada entró cocaína, ahora sale el zumo rojo que la nieve contaminó. La siguiente, en el estómago. Con esto te arrebato el aire y, con él, la voz. Saco el martillo. Es un buen ablandador, mayor de lo normal, apto para grandes piezas como esas con las que trabajas. La luz de emergencia se refleja en su cabeza. Lo hace parecer el Mjölnir del Valhalla del vegetarianismo: mango marrón de madera y cabeza verde, como el césped más rutilante. ¡Y yo soy Thor!

Tu maxilar ya no existe. Tu oreja ya no está. En su lugar, un agujero. Tu pierna derecha sufre de convulsiones. Logro aquietarte con unos cuantos golpes más. La tibia cruje al quebrarse. Tu cha-

queta, esa filipina con el bordado de la rosa goteante del logotipo, está más roja que blanca. Las salpicaduras también llegan hasta mí, pero las siento como agua bendita. Debería haberme protegido. Tu sangría es mi renacimiento. Y ya no viertes más estupideces por ese agujero infecto.

—¡*Pobdb favoddd*! No…

Apenas se te entiende. Gruñes más que hablas.

—Tranquilo, no quiero que sufras… Toma, un poco de agua.

Bebe, bebe, maldito.

—¿Reconoces esto? —Del otro bolsillo de la gabardina extraigo el segundo juguete—. Efectivamente, es un cuchillo de chef. Creo que te hará ilusión que finalice con él.

Aún respiras. Lo siento en tu tórax, que asciende y desciende al ritmo de un corazón descarnado y odioso, más débil con cada latido, y en las burbujas que se forman con sangre en lo que antes era un rostro; algunos dicen que hermoso.

Tranquilo. Ya queda poco.

Los primeros desgarrones son nada más que para liberar tu pecho. ¡Estás depilado! Era de esperar en esta cloaca plena de apariencia, maricones y metrosexuales. Mejor, más limpio quedarás. El corte desde el mentón hasta el ombligo es revelador. Muestra tus entrañas, negras, perversas como todo tú. El carmesí continúa exhibiéndose, presumiendo. El esternón requiere un poco más de trabajo, pero el cuchillo es muy bueno, como si fuera tuyo. Eres el cuarto mejor chef del mundo… para algunos.

No tardo nada en llegar hasta el destino de tanta miseria. Ahí queda el símbolo de mi cruzada.

Ya está.

Well done, boy!

Lo sé.

Cuando me marcho, el lugar no parece tan distinto de como era hace solamente media hora. La cochambre sigue adherida a las paredes. Las cucarachas aún conquistan las alturas. La sangre continúa arrastrándose.

Pero yo sé que ha cambiado.
Ahora las ratas están quietas, quizá asustadas.
Me miran.
Han aprendido quién es el rey.

2. INTROITO

Se iba a enterar Eliza cuando la viese.

El hotel que había reservado se parecía a lo que mostraba su página web como un bebé foca a un dragón de tres cabezas, aunque eso no tenía por qué sorprenderle a estas alturas. Era solamente un disgusto más cuya responsable era aquella sanguijuela encargada de las reservas.

Seguía funcionando bien eso de culpabilizar a otros de todo. Dejaba una pátina de satisfacción en su alma, con la que resultaba más sencillo acometer cada día, cada paso, cada puerta, cada esquina. Vivir.

El Golden Tulip Opera de Noailles se encuentra bien situado si acaso él fuese un turista. A escasos doscientos metros del edificio de la Ópera, es un coqueto hotelito que vende casi todos los lujos que puede tener un cuatro estrellas, pero que, a la hora de disfrutarlos, quedan en nada más un amago, en un remedo de comodidades. Buen fotógrafo el de la web, sí señor.

El ochenta por ciento de la habitación estaba okupada por la cama, grande en demasía para la soledad de Viriato, con las sábanas tan sobremetidas en su pie que no alcanzaban a taparle el gaznate. La primera noche pasó frío. El septiembre apenas nacido se dejó sentir en París tal que si fuera el asesino diciembre.

El poco espacio libre que restaba se veía cubierto por la eterna moqueta de los hoteles de los cincuenta del siglo pasado, revestida de una modernidad ajena, con dibujos neomodernistas que semejaban un código de barras multicolor. El mobiliario era escaso

pero suficiente, aunque incómodo. Una estrecha silla tapizada en un rojo impensable apenas dejaba sitio al culo de Viriato. Recostarse sobre aquel escaso asiento resultaba poco menos que imposible si no eras uno de esos adolescentes anoréxicos que pululan por todas partes. Al intentarlo, quedó constatado como tarea propia de contorsionistas. Recordó sin quererlo cuando su mujer intentaba embutirse en unos pantalones que sabía pequeños para ella, de muchos años atrás, imposibles para sus piernas regordetas, no adaptados a su culito delicioso, bajo y paticorto. Pese a ello, Laura aspiraba a escalar aquella montaña tantas veces que sus rebufos y protestas llegaron a ser para Viriato como el sonido del camión de la basura: algo que sabes que estará ahí cada día, pero a lo que nunca prestas atención y echas en falta cuando no lo sientes.

El único detalle que sintió como amable en la habitación fue su ventana, enorme y amplia y sucia y vieja y raspada por bayetas pretéritas que antaño pretendían su brillo y hoy únicamente aspiraban a quitar las telarañas. Vestía encortinada, escudada por una de esas láminas de metacrilato que en teoría estorban al supuesto suicida que reservase una habitación con la peregrina idea de lanzarse al vacío desde allí. ¡Como si tal cosa pudiera hacer desistir a un amante de la muerte que tuviera verdadera intención de acabar con su vida! Más allá, un patio menudo poblado con arbustos, flores, macetas y sillas. Conformaba un lugar confortable donde tomar un café o un *whisky* o no hacer nada al final del día.

Viriato despertó demasiado temprano, a pesar de que no habían transcurrido ni seis horas desde que se acostó. De sueño real, menos aún. Debía estar haciéndose viejo. El desayuno no comenzaba a servirse hasta media hora después, de manera que encendió el televisor. La cajita de tonterías y famoseos estaba sobre una mesa nimia, a cuyo pie se hallaba la insuficiente silla; otra razón para no sentarse en ella. Fue pasando los canales uno a uno como un zombi, sin pensar en lo que hacía, veía o escuchaba. Ante Viriato se sucedían imágenes a las que no concedía más que unos segundos. Sin pensarlo ni avisarlas, eran desterradas, dando paso a las

siguientes, que sufrían la misma suerte. Había más de sesenta canales —la primera noche estuvo buscando porno, sin éxito—, así que ese entretenimiento, vago e inane, duró hasta que la luz del día apareció para sacar de sus sueños al último parisino remolón.

Se dio una ducha corta con agua demasiado caliente en aquel baño también menudo, sin espacio para posar sus cosas frente al espejo, sin toallas grandes y sin bañera: un baño *light*.

No había demasiado vaho en el espejo. Apenas unos instantes después de comenzar a presumir con posturitas imbéciles pudo ver su reflejo sin niebla que lo opacase.

Vio un cuerpo de todo menos esbelto que mostraba un orgullo en privado que nunca exhibiría en público. La redondez era la ley: redonda era su tripa, bailona y liberal; redondo era su trasero, formidable, flácido cual ubre de vaca vieja; redondas eran sus manos, hinchadas como guantes de goma soplados tal que globos, con dedos exiguos y flojos; redonda era su cabeza, sin pómulos o mentón que rompieran la norma. Unas patillas excesivas, viejas amigas de tiempos pasados, prolongaban hacia el sur un cabello lacio que aparentaba aceitoso incluso recién lavado. Moreno y agitanado, aquel pelo que un día fue melena comenzó su retroceso tiempo atrás, en un proceso que aún no había visto su fin como daban fe los cadáveres en el suelo de la ducha en forma de pelos caídos que cada poco atascaban su desagüe. Por un tiempo intentó sin éxito cubrir su coronilla con los restos más vigorosos que todavía aguantaban: un par de tufos a ambos lados, peinados hacia arriba en una suerte de bisoñé que no engañaba a nadie y le hacía sentir extrañamente orgulloso. Hasta que vio a Torrente pasearse por la pantalla. Las comparaciones son odiosas. Pese al privado deseo de parecerse a aquella caricatura de quien toda España se reía, el pudor y el qué dirán terminaron venciendo y desnudando su calva para siempre. La nariz chata y a menudo mocosa se fundía con su rostro entre dos cejas brunas, tan pobladas como yerma estaba su coronilla. Bajo ellas, un par de gotas de carbón brillaban más cuando era el odio o el desprecio lo que las encendía. El resto

del tiempo sus ojos se mostraban vivaces e inteligentes, pero pausados, metódicos, alérgicos a todo sentimiento, peligrosos como el camaleón que aguarda a la presa. Su sonrisa, infrecuente como la empatía en un banquero, exhibía dientes irregulares y anodinos, a veces lobunos, cercados por unos labios gruesos, casi femeninos, que avergonzaban de continuo a su dueño. Tan era así que no era raro que cubriese su boca con el pañuelo que siempre iba consigo. Aquel pedazo de tela era una herencia de días pasados que le servía al tiempo para camuflar un aliento que demasiadas veces arrastraba consigo restos de su comida previa. Los pliegues de la edad, vecinos recientes, eran ya petulantes dictadores en frente y sienes, sin que aquello importase un ardite a Viriato. Ni un solo músculo sobresalía de su humanidad. Ni un solo tendón visible sugería ligereza. Ni una sola fibra era perceptible en unas piernas regordetas, envueltas sin distinción por un vello ralo y decreciente, desde la nube rizada de la entrepierna hasta el desierto de los tobillos. Al pasar la toalla por aquella piel lechosa, generosa en granos y rojeces, sintió lo cerca que estaban sus pies de sus manos, tanto que la distancia total desde el suelo hasta la cimera de Viriato Malpaso no alcanzaba el metro setenta, aunque él siempre exagerase respecto a su altura. Amante declarado de la uniformidad, un ramalazo de locura condujo un día a su yo más joven hasta un local con un letrero de caracteres orientales para una depilación integral. El dolor del proceso y la vergüenza del resultado, que lo dejó más semejante a un fofo querubín enrojecido de ciento veinte kilos que al atractivo hombre de inicios de siglo veintiuno que esperaba, hizo que no repitiera jamás. En adelante dejó libertad total a su vello para que creciera a su antojo, impertérrito.

—Estás hecho un chaval —mintió a su reflejo con un guiño y un cómplice golpe de índice.

Mientras se vestía sonó el móvil.

—Un momento. ¡Un momento! ¡Un momentoooo! —gritó Viriato, saltando a la pata coja en el reducido espacio no ocupado por la cama, con una pernera calzada y la otra en las manos. Aban-

donó la empresa por imposible y alcanzó el móvil arrastrando el pantalón.

—¿Sí?

—Viri, soy Eliza.

—¿Y qué quieres? Me disponía a hacer el trabajo por el que me pagan.

—Ha pasado algo.

Silencio. Hasta que Viriato se dio cuenta de que Eliza aguardaba una respuesta para continuar. Resopló.

—¿Qué ha sido eso que ha pasado, Eliza? No tengo tiempo para adivinanzas.

—Lo está comentando todo el mundo. Dicen que saldrá en las noticias dentro de nada.

—Querida Eliza, o me dices de una puñetera vez qué sucede o cuelgo.

Ser la chica para todo del dueño del periódico había hecho que aquella administrativa con ínfulas de abeja reina se creyese más de lo que en realidad era. Según los maledicentes, alguna mamada ocasional al jefe no era suficiente para que la pizpireta Eliza supiera cuál era su lugar. Por eso había que recordárselo y ponerla en su sitio de vez en cuando.

—Se trata de Velissi, Bern Velissi.

—¿Qué tripa se le ha roto ahora a ese bastardo de vikinga y napolitano? Hace tiempo que no escribo nada de él ni de su porquería de restaurante. Cumplo las normas. Nadie podrá demostrar lo contrario… porque no ha sucedido.

—Ha muerto.

Nuevo silencio, en esa ocasión causado por la sorpresa. Y el terror.

Eliza no esperó a que dijera algo para continuar.

—Dicen que su cadáver estaba destrozado. El fotógrafo que enviamos lo ha descrito como «los despojos que quedan arrumbados en la pared tras limpiar el suelo de un matadero».

Viriato respiraba agitado. Nada más confiaba en que Eliza no pudiera advertirlo al otro lado de la línea.

—¿Cuándo pasó?

—No lo sé —Continuó con su crónica negra—. Oí que aquello estaba lleno de ratas y bichos. Y que olía…

—¿Cuándo, Eliza? ¿Cuándo?

—Hace días… Nuestro soplón en la oficina del forense dice que lo más probable es que fuese el lunes.

El lunes se había extinguido tres días atrás.

—¿Y por qué me llamas? ¿Solo para contarme eso? No es que fuera mi mejor amigo, ya lo sabéis. No tengo prisa alguna por enterarme de nada de lo que suceda a ese cerdo. Ni de su muerte siquiera. Ya lo leeré en los periódicos cuando vuelva.

—Violo quiere que vuelvas ya. Cree que ahora podrás escribir sobre él sin trabas legales. Y que precisamente por eso la gente estará como loca por leerte.

—¡Pero yo soy crítico gastronómico, no cronista de sucesos!

—Pero tu relación con él dará al artículo algo distinto a lo que cualquiera pudiera escribir, o eso dice el jefe. Si quieres te lo paso y le explicas tú mismo tu opinión, que, por lo que veo, difiere de la suya, la del hombre que te paga.

¡Maldita Eliza!

—No. Déjalo. Acabo lo que tengo aquí y mañana estaré de vuelta. Así al menos el viaje no habrá sido en vano. Resérvame el vuelo de regreso para mañana por la tarde. No, mejor a la noche… por favor.

—A sus órdenes, «mi general».

Iba a apretar ya el botón con el telefonito rojo en la pantalla cuando escuchó algo, un sonido a lo lejos. Partía del altavoz del móvil como las columnas de humo en los restos de un incendio: revelan su presencia, aunque a nadie le importe.

—¡Viri!

Odiaba aquel diminutivo. Se armó de paciencia y regresó el móvil a su oreja.

—¿Síííííííí?

—¿Estabas tú todavía por aquí el lunes? —La voz de Eliza sonaba dicharachera, convencida de estar haciendo un chiste sin im-

portar cuán desafortunado fuera—. Sería gracioso que pensaran en ti como sospechoso. ¿A que sí?

3. NOVEDADES

No pintaba nada bien.

No era solo que la aparición de un cadáver, con tanta sangre alrededor que podría haberse ahogado en ella, hubiera alterado la tranquila vida en la capital cántabra. No. Había más.

¿En qué tenía que importarle a nadie que en poco más de dos semanas fuese a celebrarse en la ciudad el congreso de cirugía cardiotorácica y trasplantes más importante del mundo? A la mayoría de este universo le resultaba indiferente, pero a la alcaldesa sí le importaba. Y no porque la seguridad de los asistentes, entre los que había cinco premios nobel, ministros de sanidad de varios países de la UE, de China y de los Estados Unidos y cuatro presidentes de oenegés internacionales comprometidas con el bienestar de los más desfavorecidos, estuviera comprometida. No, lo que quitaba el sueño a la alcaldesa era que, de un día para otro, su querida Santander se había convertido en la capital mundial del crimen y la depravación. Así la habían llamado.

Y todo por un solo maldito muerto.

La difusión de las imágenes del lugar del crimen, aparecidas en el informativo local y tomadas antes de que llegaran los chicos de la Científica, halló pronta repercusión en las cadenas nacionales. Hasta el hastío. Fue el rumano que encontró el cuerpo quien lo grabó todo con su móvil. En Antena 3, su cadena favorita, la alcaldesa vio la escena. Incluso tras la advertencia de que «estas imágenes pueden dañar su sensibilidad» y el pixelado habitual de las partes más cruentas, cuentan que tuvo que abandonar el desayuno

de trabajo para ir a vomitar. Si en vez de verlo en la tele hubiera acudido al escenario del crimen, quién sabe qué higadillos habrían caído sobre su impoluta pechera de seda azul.

El problema era que no se trataba de un asesinato cualquiera. No fue un camello muerto a navajazos porque no cumplió con su jefe en los pagos; ni un yonqui tirado en una esquina por mor de su propia degeneración; ni un ladronzuelo que tropezó huyendo de la policía con el bolso de una viejecita en la mano y se partió la crisma contra un bordillo; ni un dependiente de supermercado asesinado por esos violentos extranjeros que no hacían más que delinquir y traer la desgracia a este país, malditos sean todos. No. Era alguien de cierta relevancia, que había terminado sus días de un modo inimaginable, extremadamente cruento, excesivo incluso para el más gore de los guiones de Hollywood.

Tampoco había sucedido en un lugar cualquiera. Santander, capital de esa Cantabria que era y se vendía al exterior como infinita, acostumbraba a tratar en sus crónicas de cosas mucho más plácidas: mareas, playas de arenas doradas, irresponsables salvados de ahogarse por héroes con bañadores tipo Speedo, políticos que leen revistas subidas de tono en el Parlamento y recuerdos de otras épocas en que la ciudad era más importante en aquel país cercenado por la censura. No podía digerir una matanza como esta. Esa indigestión se había trasladado de las tripas de sus calles a la intranquilidad de sus habitantes, de sus autoridades y, por contagio electrónico, de todo el país… como bien sabía su alcaldesa. Ella quería ser noticia por inaugurar los cursos de la Menéndez Pelayo o el Festival Internacional, no porque en su ciudad tuvieran lugar barbaries como aquella. Cuando acudió a la Subdelegación del Gobierno, en la calle Calvo Sotelo, estaba mucho más nerviosa de lo que nunca reconocería.

—¡Eso no puede suceder aquí! ¡Esto es Santander! —A la mente de Aurora Cossío Cuesta, delegada del Gobierno en Cantabria, que asistía impasible al berrinche, saltó un grito muy parecido, de reminiscencias demasiado masculinas y cinéfilas: «¡Esto es Esparta!».

No pudo evitar un cuarto de sonrisa escondida— ¡No estamos en el Bronx de los setenta!

—No, alcaldesa.

—Necesito que me diga que van a encontrar y apresar al malnacido autor de esta salvajada antes de que comience la convención esa de médicos sobre la cosa esa del corazón, delegada.

—Seguro que la policía hará lo que pueda.

Comparar la cólera de la alcaldesa con las pausadas palabras de la delegada del Gobierno era, como poco, peculiar.

—Lo que puedan no. Tienen que cogerlo. Tienen que apresarlo. Tienen que hacerle sufrir todo lo que nuestras leyes permitan. Alguien que mata a otro ser humano de ese modo tiene que penar por ello. Ese monstruo no puede caminar por mi ciudad así como así. ¡Maldito el día que abolimos la pena de muerte! Si por mí fuera…

—Sí, alcaldesa —dijo mientras pensaba «¿cuándo se marchará».

—Lo que hace falta es… eficacia. Si necesita algo de mis chicos —La alcaldesa señaló con una inclinación de cabeza por encima de su hombro al comisario de la policía local, yerto al otro lado de la puerta como una esfinge con bigote e igual de expresivo—, no tiene más que decirlo.

—Tomo nota, alcaldesa. No creo que sea necesario, pero se lo agradezco.

Aurora Cossío estuvo a punto de perder una carcajada cuando pensó en el ofrecimiento. Para investigaciones como esta no podía compararse a la policía local bajo tutela de la alcaldesa con la policía nacional y todos los medios a su disposición.

—Todo está dicho, entonces.

—Así es.

La alcaldesa se permitió un instante de relajo y una sonrisa. Intentó, con escaso éxito, suavizar el tenso ambiente que ella misma había creado.

—Aunque tu jefe no me caiga demasiado bien, en privado puedes llamarme Lola si quieres. Es importante que intentemos man-

tener una relación… —buscó la palabra adecuada en su arcón de eufemismos— cortés. Tenme informada o será peor para todos.

Abandonó el despacho como la furia vengadora que sus palabras anunciaban que ansiaba ser. El saber estar, el saber moverse, el saber ganar y el garbo para abandonar un despacho era un residuo de la elección de la alcaldesa María Dolores Páblez como reina de las Fiestas del Carmen. Fue en el barrio pesquero hacía muchos años y era algo que la enorgullecía o avergonzaba según amaneciera. Aquel día, con sus luengos rizos dorados ondeando tras ella, el aroma a triunfo rodeaba a la alcaldesa de Santander como las pirañas al cadáver en el río, imposible de apartar. Esbelta —más ahora, tras el retiro otoñal que desterró unos cuantos kilos— y alta, más de lo que en alguna ocasión le hubiera gustado —cuando aparecía con su repolludo marido en alguna foto—, vestía siempre en tonos apagados para ir acorde al carácter moderado y convencional que su partido vendía. Sus sobrias vestiduras exaltaban una humildad que no sentía y hacían destacar sus subyugadores ojos verdes, quizá algo saltones, esos que embelesaban al electorado cuando pedía su voto entre vítores de un público que ya sabía suyo antes de subir al atril. El comisario de los «munipas», Benítez, salió del edificio tras ella, negando con la cabeza y el gesto contenido. Lo mismo podía significar hartazgo que incomprensión o dolor diarreico.

La delegada del Gobierno avisó de inmediato a su ayudante. Quería que cancelaran todos sus compromisos de aquella mañana y buscara cómo encajarlos en su agenda más adelante. Debía hablar con la Policía Nacional. La siguiente vez que la alcaldesa acudiera a su despacho a tocar las narices o la llamara —y eso iba a suceder, era tan cierto como que el agua moja— debía conocer de primera mano tanto los hechos como la marcha de la investigación.

Un paseo de apenas diez minutos y ya estaba en la comisaría. Normalmente habría hecho llamar al comisario, pero le apetecía airearse tras la conversación con la alcaldesa. Se había informado: unas inoportunas obras —¿cuándo no lo son?— en el flamante edificio de La Albericia hizo que parte de los efectivos que trabajaban

como Policía Judicial tuvieran que trasladarse, meses atrás, a la comisaría de la Policía Nacional del Distrito Centro, en Cañadío. El comisario Perdomo y gran parte de la UDEV en Cantabria fueron algunos de los damnificados. Varios policías bajaron de los altares a unos cuantos santos y se acordaron de la familia de algún político por la mudanza, en intrascendente protesta. Pero todos hicieron piña y se dispusieron a cumplir con su obligación mientras durase aquel exilio.

Arrestados y policías, todos atestando la comisaría, se giraron al paso de la delegada Cossío. Tenía gancho la política. Quizá tuviera algo que ver para tanta atención el séquito de auxiliares y colaboradores que la seguían a todas partes, rémoras de los tiburones gubernativos siempre al acecho de restos de relevancia. Menuda como una figurita de Lladró, no era, en cambio, igual de delicada. Al verla, uno pensaba en ella como en una presentadora de televisión o una tertuliana de esas que menudean por todos lados. O más aún: una *influencer*. Siempre con ropa de marca, ajustada al milímetro a su esculpida figura, llevaba el pelo corto y negro, peinado a una moda que lo hacía caer a un lado con flequillo mechado. El cabello ocultaba lo justo sus ojos, castaños como la melena de un oso pardo, vivaces y escrutadores, con la resistencia necesaria para aguantar trabajando más horas que quien abría y cerraba la oficina. Solo así llegaría, porque tenía que llegar, el cambio que sentaría su duro y calisténico trasero en un sillón de ministra. Hasta ese feliz día, cumplía escrupulosamente con su trabajo, con evidente espíritu partidista, en la Cantabria donde creció su padre, en tanto su jefe aguantase en la Moncloa.

Ese día tocaba ver al comisario Perdomo.

Habían coincido en varios actos y todo lo que había escuchado de él lo dibujaba como un policía eficiente como los remachadores de la Torre Eiffel y tenaz como el coyote de la Warner. Cercanos sus días de retiro, seguramente se esforzaría como siempre para resolver el caso y dejar el nombre de la policía en el buen lugar que merecía.

—Comisario Perdomo.

—Señora delegada del Gobierno.

—Aurora, por favor.

—Prefiero el trato formal, si no le importa, señora delegada. —Todo lo que interpusiera distancia entre él y un político era muy apreciado por el comisario.

—Como prefiera.

—¿En qué puedo ayudarla, señora delegada?

La delegada del Gobierno resumió su conversación con la alcaldesa. El comisario, que se había levantado para darle la mano según llegó, fue distanciándose poco a poco para terminar apoyado en la esquina de la mesa. Por supuesto, estaba enterado del crimen. Lo que ignoraba era esa trascendencia que la alcaldesa le había asignado.

—¿Quién llevará el caso? —preguntó Aurora Cossío al comisario.

—Se lo he asignado a una de nuestras mejores policías, la inspectora…

Y le dijo su nombre.

Una mujer. Bien. Si era inspectora no podía ser mala. Especialmente si no era muy mayor.

—¿Qué edad tiene?

El comisario quedó dudando unos instantes. No era muy correcto preguntar por la edad de un policía. En realidad, no era correcto preguntar la edad de cualquier profesional.

—No lo sé. Treinta y tantos.

Joven. Perfecto. Debía ser una mujer suficientemente capaz como para coger este toro por los cuernos y guiarlo sin problemas hacia el coso enrejado de una celda.

—¿Qué juez ha tocado?

—Cuando hallaron el cuerpo estaba de guardia el juzgado de instrucción número cinco, señora delegada.

Cossío reflexionó unos instantes.

—Campo Valiente —dijo al fin, algo insegura.

—Así es. Reinaldo Campo Valiente es el juez, señora delegada.

—¡Mierda!

Aunque tenía fama de justo, considerado con las víctimas y obsesivo con los procedimientos, lo que siempre era bueno en un caso mediático como este, el juez Campo también tenía otra fama, mucho menos conveniente para ella. Se decía que no gustaba de tratar con mujeres, mucho menos con mujeres poderosas, como Aurora Cossío o la alcaldesa Páblez. O como esa inspectora. Restos de otra época quizá. Por eso, aunque no le gustaba depender de nadie si podía evitarlo, la delegada pidió al comisario, además de que dispusiera de todos los medios que fueran necesarios para la pronta resolución del caso, que fuese él en persona quien la tuviera informada.

—Puede parecer poco correcto que sea yo quien hable directamente con el juez, ¿no cree?

—Como usted prefiera, señora delegada.

—Así, entonces.

—Así será, señora delegada.

—Una cosa más, comisario.

—Usted dirá.

—Me importan muy poco las ínfulas caciquiles de la alcaldesa, que se cree que esta ciudad es su cortijo y su marido puede influir en todo el Gobierno. Por importarme, me importa poco incluso el congreso ese. Pero lo que sí me importa es la seguridad de la gente, de esta ciudad y de toda la comunidad. Encuentre, y rápido, al malnacido que las ha convertido en su matadero particular.

Quedó callada, mirando a través del cristal con complejo de pared del despacho del comisario. Al otro lado, la cotidianeidad campaba a sus anchas, negando la supuesta relevancia de aquellos crímenes.

—¿Algo más, señora Cossío?

—Cumpla con su tarea.

Y abandonó su despacho, con la misma cohorte de prosélitos en la cola de su cometa, tras estrechar su mano con sorprendente

fuerza. Dentro de una de las manazas del comisario cabían tres manos de la delegada del Gobierno.

Una vez calmo y solo, Ventura Perdomo, comisario jefe de la Policía Nacional en Santander, tomó el teléfono y marcó. Tras tres segundos, colgó, esperó medio minuto y volvió a pulsar las teclas. Se cansó de esperar. Se levantó, desplazando la silla ruidosamente hacia atrás. Llevaba con la misma quince años e hizo que se la llevaran a aquel despacho temporal junto con el resto de sus cosas. Pese a la insistencia de aquel listillo al que pagaron a saber cuánto para hablarles de ergonomía, no quiso cambiarla por unos asientos de esos comodísimos con ruedas y reposabrazos. Solo faltaba un hilo musical, aire acondicionado y unos posavasos para los *gin-tonics*, y las comisarías quedarían convertidas en *pubs*.

Con pasos amplios como él, desertó de su caja de cristal y llegó hasta la mesa de Elle Vásquez, inspectora de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta, de la Brigada Provincial de Policía Judicial del Cuerpo Nacional de Policía en Cantabria. Perdomo entendió al momento por qué no respondía al teléfono. Halló a su pupila echando sapos y culebras por la boca, destinados a algún infeliz al otro lado del hilo, incapaz de intercalar en la conversación una palabra suya por cada cien de la malhumorada policía.

—¡Me importan muy poco tus problemas, Berto! Si vuelvo a verte, a ti o a alguien de tu familia, cerca del Río de la Pila pasadas las doce, el abogadillo ese que tienes, tu primo el Ñapas, no será suficiente para sacaros el culo de la celda. ¿Quieres que esa niña tan guapa que tienes, la Danaerys, se inicie en la vida entre las paredes de un correccional? El juez de menores y yo jugamos al pádel todas las semanas. ¿A que no lo sabías? Así que al menor desliz puedo hacer que entre en el centro de internamiento y no la vuelvas a ver hasta que, en vez de tener edad de ir a cumpleaños, esté para ir de funerales. ¡Me da igual! Habla con Milito y cuéntale lo que sea, pero que valga para algo.

Perdomo aguardó paciente a que la inspectora terminase su diatriba manos en los bolsillos, ceño fruncido, hombros vencidos

y mirada fatigada. Cuando ella posó, ruidosa y cansadamente, el auricular del fijo, nada más dijo que:

—¿Salazar?

La inspectora miró hacia él. Bufó y se levantó de la silla con gesto de quien está hecho polvo, negando con la cabeza.

—¿Quién iba a ser si no?

La mirada parda del comisario decía: «¿Y cuál es el problema?».

—Se está pasando de la raya, señor. En realidad, la ha sobrepasado hace días. Hace semanas que no tenemos un chivatazo suyo y, sin embargo, todos los días pulula por la zona de venta. Seguro que unos días en el talego hacen que vuelva a ser un poco más colaborativo. Pero no creo que haya venido hasta aquí para hablar de mis soplones. ¿Qué se le ofrece, comisario? —La inspectora Vásquez elevó la barbilla para mirar directamente al rostro del comisario Perdomo, bastante más alto que ella. Y eso que ella no era bajita.

—¿Qué has oído del cuerpo que encontraron el lunes?

La inspectora, seria al instante, arrugó el entrecejo sobre aquella hermosa mirada del color del cielo sobre el Cantábrico en un día claro de verano que nunca perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor.

—Una sangría, señor. Algún cabrón se ha puesto las botas.

—Serás tú quien le eche el guante.

Elle Vásquez abrió los ojos mucho más de lo debido. Pensaba, como todos, que el caso iría para Baldo Vera, un inspector más experimentado que ella, hábil y taimado como el zorro proverbial. Siempre le asignaban todos los casos de relumbrón. Declarado machista y escondido xenófobo, era mucho más inteligente de lo que mostraba su apariencia de poli de los setenta. Solo con los niños agredidos era algo parecido a compasivo. Para el resto, policías incluidos, de quienes pensaba que la mayoría eran tan vagos como imbéciles, mostraba la misma empatía que cualquiera tendría por una mierda de perro. Asqueroso suertudo. Pero algo había cambiado. Elle no era tan idiota como para preguntar qué.

—No quedará decepcionado, comisario.

—Búscate un equipo, al menos dos entre los que no tengan nada urgente entre manos ahora mismo. Si te hace falta algo más, me lo pides. A mí y solo a mí. Habla inmediatamente con Cienfuegos, que te ponga al día y te entregue su informe para ayer. Un segundo después de que le llegue al juez quiero que lo tengas tú. No quiero retrasos. No puede haber retrasos. Esto tiene que estar arreglado en menos de dos semanas.

—¿Dos semanas? ¡Señor, eso es ya mismo! No podemos apresurarnos con un caso como este. Podría hacer que cometiéramos un error… y yo no cometo errores, menos aún en algo así.

—Eso es lo que quiero, nada de errores. Pero tienes que atraparlo pronto. Dos semanas.

—¿Hay algo más que no sepa, comisario? —preguntó la inspectora, relajando la postura. La confianza era más propia para las confidencias y no se consiguen exhibiendo el semblante y la hechura de un capitán de la SS. Si quería conocer algo de boca del comisario debía darle a entender que, fuese lo que fuese, podía fiarse de ella.

—¿Has visto a la delegada del Gobierno? —Ella negó con la cabeza—. Pues acaba de salir de mi despacho. Venía de hablar con la alcaldesa. Toda la ralea política de esta ciudad está pendiente del caso. ¿Y sabes quién es el marido de la alcaldesa o con quién de sus coleguitas del colegio se reúne él una vez al mes? Eres inspectora de la Policía Nacional, averígualo y ata tus propios cabos. Y no olvides una cosa…

—¿Sí, comisario?

—No puedes cagarla. «No puedes permitirte» cagarla.

La inspectora se sentó mucho más lentamente de lo que se había alzado. Era un caso importante, eso era indiscutible. La preocupación de la alcaldesa, de la delegada del gobierno, de todo el mundo, normal dada la trascendencia mediática que había tenido el asesinato, no hacía sino confirmarlo. Que ella supiera, nunca un político había visitado la comisaría para hablar de un caso, menos aún el exilio de Cañadío. Una llamada de teléfono, más o menos

airada según los titulares del día, era lo más que solían usar como acicate para los policías.

Aquello iba a ser distinto.

Cuando, maquinalmente, Elle desbloqueó su ordenador, apareció en la pantalla, abajo, a tres columnas, en la portada del periódico regional, una referencia a la tarea que acababan de asignarle. El periodista había escrito, en lo que de seguro él creyó una gran ocurrencia: «Sigue sin lavarse la sangre que dejó el asesino del chef». Un titular que podía perfectamente formar parte del archivo de *El Caso*, si todavía existiera.

—¡Militooooo!

Un joven policía, que parecía recién salido de un anuncio de vaqueros para adolescentes de Malibú, acudió corriendo a la llamada de su jefa. Su mirada aceitunada era demasiado límpida para el mundo en el que vivía, pero sabía envolverla en determinación y dureza cuando era necesario. Era esa eficacia sin fisuras una de las razones por las que más a gusto se encontraba Elle trabajando con él.

—Jefa.

—Ve rápidamente a ver a Pedrito y dile que me han asignado el caso del cocinero muerto —Los ojos de Milito se abrieron, más ilusionados que sorprendidos. Tenía a Elle por tan capaz que en su cabeza no cabía que no le dieran todos los casos importantes—. Necesito ya lo que tenga, me da igual que sea el informe, su colección de notas o un extracto de sus sueños más húmedos. Inmediatamente. Las fotos sobre todo, porque el escenario estará más pisoteado que una caseta en la Feria de Abril y no pude verlo. Dile que esta tarde iré y podrá contarme el resto.

—Sí, jefa. ¿Algo más?

—Sí, necesitarás alguien que te ayude. Mira a ver cómo andan de liados Geles, Pendueles, Lorenzo o Carlson. En ese orden. Si no pueden deshacerse de lo que tengan ahora entre manos ninguno de ellos, nos comeremos el caso tú y yo solos. No quiero a ningún mequetrefe que no sepa con qué mano se limpia el culo. O peor, algún chivato de Vera.

—Sí, jefa.

El joven aguardó la que de seguro era la instrucción más importante, aún pendiente. No llegó.

—¿A qué esperas? Marcha ya mismo al laboratorio. Cuando termines de hablar con Cienfuegos me llamas, no esperes a volver aquí.

—Sí, jefa.

Seguido de cerca por las miradas de unas cuantas agentes femeninas y algún que otro masculino, José Antonio Vílmar Prieto, Milito para casi todo el mundo, partió a toda prisa a cumplir con el mandado. Antes de salir pasó por su mesa, cogió el arma y la encajó en su funda sobaquera. Nunca se sabe.

Elle volvió a perderse en sus laberintos mentales. ¿Por qué ese interés por parte de los políticos en una resolución tan pronta, tan… acuciante? Nunca habían intervenido en una investigación hasta ese punto. ¿Por qué el comisario había entregado el bocado más jugoso al jugador suplente de su equipo? Sus asuntos con el inspector Vera no iban bien, pero peor irían tras una decepción en caso de fracasar.

Agitó la cabeza para desterrar de ella las cuestiones domésticas. Debía centrarse en el caso.

¿Qué había podido causar el asesinato de un cocinero de éxito con tamaña brutalidad? En el mundo de hoy en día, con programas de cocina peleando en la tele por las audiencias con partidos de fútbol y *shows* de cotilleos, con chefs aupados a la categoría de estrellas, reverenciados como los grandes artistas del siglo XXI y con más seguidores en redes que los cantantes o los actores de cine, nadie odiaba tanto a los cocineros como para asesinarlos. Tal vez la polarización presente en todos los ámbitos de la vida, tan denostada como buscada, tuviera algo que ver.

Dibujó en un folio, el primero de muchos, la primera rama de su árbol para ocupar con eventuales móviles, consecuencias, datos necesarios, damnificados y favorecidos por la muerte, familiares, sospechosos, medios y tiempos, noticias aparecidas en prensa, pre-

cedentes y el apartado que siempre ayudaba más en el planteamiento de todas sus investigaciones: dudas. Solía basar en aquel diseño inicial todas las pesquisas ulteriores.

Sonó el móvil. Milito.

—Cuenta.

Elle miró el reloj. Enfrascada en sus teorías, había pasado casi una hora desde que Milito salió.

—Será mejor que vengas, jefa.

—¿No puedes contarme lo que has visto? ¿Qué dice Cienfuegos?

—Ha sido él quien ha dicho que mejor lo ves con tus propios ojos.

—¿Poooor?

—No suelta prenda, jefa. Ya sabes cómo es.

—¿Tú has visto algo fuera de lo normal?

—No. Ni fuera ni dentro de lo normal; no ha querido enseñarme nada.

—Espérame ahí. Ahora llego.

El forense no haría ir a la inspectora a su reino de la desinfección y la sangre únicamente por su charla tan agradable, porque no lo era. Algo debía haber visto aquella albondiguilla de ciento quince kilos para hacerla acudir en persona.

Era obligado, pues, ir allá y ponerse los guantes y las gafas protectoras para ver lo que aquel geniecillo de la ciencia había encontrado en el muerto. Como su maestro decía, los cadáveres hablan mucho, aunque no digan nada.

Exactamente igual que demasiados vivos.